

Carta no escrita a Lázaro Carreter (I)

Daniel Samper Pizano

Periodista. Bogotá (Colombia)

Fernando Lázaro Carreter, uno de mis escritores favoritos, murió sin que hubiera podido enviarle una carta. Desde la primavera de 1977, cuando se publicó y leí la primera edición de *El dardo en la palabra*, me propuse mandarle esa carta que se me quedó en el tintero. Es algo que me ocurre a menudo: dialogo en silencio con los autores cuyos libros o artículos me entretienen, y comento sus obras mediante largos y vehementes párrafos que ellos nunca llegan a leer porque figuran en cartas que nunca llego a mandar porque jamás llego a escribir. La pereza, el pudor, la falta de tiempo, qué sé yo. Después me arrepiento, pero ya entonces tengo en mis manos otro libro y, como decía Quevedo, «escucho con mis ojos» a otros autores, y a ellos les escribo mis nuevas cartas imaginarias.

En la que pensaba enviarle a Lázaro Carreter iba a decirle que su columna demostraba cómo era posible hacer de la llamada cátedra del idioma un asunto interesante, gracioso, informado, donoso, ajeno a pedanterías que confunden al lector y de tonos regañones que lo alejan. Iba a añadir que me encantaba ver cómo el filólogo sabio estaba fabricado del mismo material que sus lectores, pues era un tipo capaz de emocionarse con un partido de fútbol, dispuesto a colar alguna pequeña pulla política entre línea y línea y enterado de cuanto ocurre en el país y el mundo. En otras palabras, no un erudito aislado en una biblioteca, sumergido en textos de gramática e ignorante de lo que ocurre más allá de sus ventanas, sino uno de esos señores con los que da gusto tomarse un café en el bar y comentar goles y decires.

Habría agregado en mi carta que sus notas son la mejor demostración de que el humor no es lo opuesto a la seriedad, sino a la solemnidad. Las páginas de Lázaro Carreter sobre el idioma son perfectamente serias y perfectamente humorísticas. No hay mejor pedagogo que la sonrisa, y él supo demostrarlo. Podría prepararse una antología de frases suyas capaces de hacer estallar la carcajada. Contribuyo con tres:

Vuelos domésticos, salvo casos más bien raros de levitación, solo los hacen las brujas, cuando deambulan por su casa, y las moscas. [Al criticar la expresión ‘vuelos domésticos’ para llamar a los vuelos nacionales].

No se es moderno por el simple hecho de expresarse como los modernos, de igual modo que unas caderas celulíticas no se estilizan juvenilmente embutiéndolas en *blue jeans*.

El informador expelió aquello por la boca como si fuera un gas natural. [Sobre un periodista que inventa el término *premiat*, referente a premios].

Y tenía muchas más cosas para decirle en mi carta, entre ellas no pocos dardos sobre sus propias palabras. Pero se nos acaba el papel o la pantalla y queda para otro entremés.